



RESISTENCIA Y CAUTIVERIO EN CLM

# Los ojos del monte

Antonio Lázaro



“El monte tiene ojos”  
(Dicho *maqui*)

“En las montañas,  
donde uno se siente libre”.  
T.S. Eliot (*El Yermo*)

Un viejo en el pretil del viaducto sobre la presa que cierra el gran embalse. Un anciano caballero digno ensimismado en el paisaje, mirándolo con la íntima certeza de que el monte lo mira a él. Nada especial, si acaso un detalle anecdótico e instantáneo para los camiones y turismos que bajan o suben de la sierra a la costa, del mar a la meseta interior en trajín incesante.

Y sin embargo, para él es un rito al que cíclicamente necesita acudir. Porque bajo las aguas del pantano yace la isla dorada de su pasado. Sabe que el embalse es una losa, pero también un espejo que le devuelve imágenes de juegos y de correrías primeras, de maternales caricias y admoniciones paternas. Emergiendo del lodo, comparecen la pequeña central eléctrica pionera, las casas del puente, la Foncaliente con sus casas de baños y su riente alameda de tamarindos, la iglesuela y el barrio que llevaba el nombre de su abuelo, don José, el de su padre y también el suyo propio.

Siendo el más corriente de los nombres, el Don singulariza absolutamente en la comarca y remite a un esquema de pro-

piedad más bíblico que feudal. Todo era de su familia: sólo que su herencia había incluido, además, la extrañeza de un mundo anegado por las aguas.

Siempre acababa allí por acordarse del Marcelino, el legendario *Muñón* de las crónicas sobre *maquis*. Aparecía ya en sus recuerdos más remotos, cuando cogían ranas juntos en los márgenes del río y se regocijaban desde sus escondites con los aspavientos que hacían las mujeres del poblado al descubrirlas en sus fogones. Marcelino pastoreaba cuatro cabras y cuidaba el humilde pedazo de viñas de los suyos. Pero eran camaradas. Un abismo social los separaba y nadie,

fuera de ellos, parecía advertir el creciente parecido entre los dos. Incluso en la ropa. Como la madre de José tenía la costumbre de repartir en la aldea la ropa usada, Marce se las ingeniaba para vestir como José, con un año o dos a lo sumo de retraso. Ni siquiera cuando mandaron a éste a un internado en la ciudad, dejaron de verse cada verano. Juntos acudían a los bailes, en los que una guitarra con la caja remendada por tiras de bacalao acompañaba las alegres melodías del acordeón.

En aquellos bailes, todas las chicas tenían “carabina”, aquella expectante y sombría hilera de madres y de tías. Todas menos la Sole, que era como una criatura del monte, habitante de una choza perdida junto a un pastor de oscuro parentesco. Una

## RESUMEN:

Este relato, inspirado en personajes reales (entre ellos el famoso guerrillero conocido como *El Manco de la Pesquera*) e íntegramente ambientado en la raya del río Cabriel, en la provincia de Cuenca, recrea la peripecia de un guerrillero libertario y, a su través, la crónica de un siglo vertiginoso: guerra, colectivizaciones, hombres ocultos, lucha armada, derrota... Mas también la misteriosa mirada del monte, un mundo bucólico anegado, una bizarra amistad que pudo ser y, acaso, acabó siendo. Lo completa una breve reseña sobre la actuación del *maquis* en la provincia de Cuenca.

Centro de Estudios  
de Castilla-La Mancha

tarde, entre los cañaverales del río, Marce y él hicieron el amor con Sole. José lo recordaba como un instante mágico. Fue la primera vez, para él al menos, y un acto compartido de comunión con la dulzura escondida de aquel agreste paisaje.

Conforme crecían, mayor era el parecido entre ambos. En la comarca, el tabú social anulaba la evidencia y nadie parecía querer percatarse de ello. No así abajo, en la ciudad. Cierta día, llegó tarde a clase ( había estado en el médico con su madre). En el vestíbulo del jesuitico recinto, se fundió en un abrazo con Marce. Sus ropas del curso anterior le sentaban casi mejor que a él mismo. Al acabar la jornada, el profesor de literatura, la clase a la que había faltado, le felicitó vivamente por los conocimientos de literatura rusa que había demostrado. Estaba claro: el Marce, un enamorado de Dostoyevski y de Tolstoi, se había colado en la clase y había ocupado su lugar.

Pasó el tiempo. José viajó con Elsa, su prometida, a la Foncaliente. En mitad del baile, tuvo que hablar con el capataz por un asunto de lindes y de talas de pinos. Al volver, advirtió que Elsa bailaba con alguien. Los saludos de los paisanos estorbaban su regreso pero pudo distinguir a Marce, prácticamente vestido como él, que se desasía de Elsa y se perdía entre el gentío a lo lejos. Le pareció que le guiñaba un ojo, el muy descarado, como dando su aprobación. Sintió el impulso de castigar su osadía, de pelearse con Marcelino, esa sombra. Elsa lo abrazó con vehemencia.

—Va, José, no vuelvas a dejarme. Hoy no quiero despegarme de ti.

José abrió bufete en la ciudad y se casó. Por un tiempo, la distancia pareció interponer una tregua entre ambos. De Marcelino le llegaban noticias prosaicas, lejanas: se había casado, había introducido vacas en el valle, se había hecho libertario.

Cuando llegó la barbarie de la guerra y con ella todo se hizo añicos, supo por las escasas cartas que le llegaban al exilio familiar de París primero y Tánger después, que la colectivización de la comarca era liderada por Marcelino, convertido ya en todo un caudillo popular. Había relanzado la explotación de las viejas salinas cuyo producto canjeaba en el Madrid sitiado por otros víveres y pertrechos. Y había salvado del paredón a don Paco, el cura, con un enérgico:

—Si hay que cargarse al cura, me sobran huevos para hacerlo. No necesito a milicianos de afuera.

Supo que había alcanzado grado de teniente en la batalla de Teruel y que había llorado al conocer la muerte de Durruti. Después, silencio, habladurías de vencidos: que si habría muerto, que si habría alcanzado la frontera... La familia de José recuperó derechos y propiedades. Todo en el valle volvía a una resignada apariencia de normalidad, excepto por la clamorosa ausencia de Marcelino. Ensimismado en la contemplación de un pasado anegado, José, don José, recordó que fue raro el día en que no se acordara de él. Con algo de rabia entonces y con una sonrisa ahora, se sabía consciente de que, en realidad, no había hecho sino añorarlo, como si una parte esencial de su ser se hubiera desvanecido entre los escombros de la historia.

Llegó el año 44 y con él, la estrepitosa resurrección de Marce, convertido ya en el mítico *Muñón* (al parecer, le había estallado una bomba en la mano izquierda mientras la manipulaba). Era capitán de una partida guerrillera que tuvo en jaque a la Guardia Civil y a los somatenes por espacio de una década. Los periódicos no dejaban de hacerse eco de sus correrías: sabotajes en vías férreas y postes telegráficos, secuestros de ganaderos y terratenientes, tomas simbólicas de ayuntamientos en nombre de la legalidad republicana, enfrentamientos sangrientos de los que —una y otra vez— salía ileso. En el cerro Bruño, tuvo lugar la batalla de más envergadura.

Tras dos días de sitio, más de cien civiles y cuarenta somatenes alcanzaron la posición. Entre los doce guerrilleros muertos no estaba el *Muñón*. Alguien insinuó que, a través de una sima, podía haber alcanzado el río. Era la única explicación algo razonable. El aura de leyenda del *Muñón* creció todavía más en la imaginación popular.

En sus visitas al valle, José escrutaba las hoces y los pinares, anhelando estérilmente una aparición de Marcelino. Supuso que pasaría la internada en las sierras utielanas, más benignas, para regresar por primavera a los contornos del valle. Pero no lo vio más hasta que un día.

...Un día tuvo que viajar a un rento lejano, río arriba, para cobrar una deuda familiar. De camino, fueron ya interceptados por una patrulla de guardias:

—Vayan con cuidado, andan por aquí los maquis.

Fue espléndidamente agasajado por sus anfitriones. Recordaba haber comido y bebido en abundancia durante la cena. Al desearle las buenas noches ante la puerta de su dormitorio, el rentero le entregó una pistola:

—Tómela: ojalá no necesite usarla. Aquí la guerra no ha terminado del todo.

Se durmió pronto, sumido en un sopor tan pesado como superficial. En mitad de la noche, algo, acaso lo profundo del silencio, lo desveló con sobresalto. Entre las sombras, divisó un rostro reflejado en la luna del armario: era él mismo y era otro. Medio dormido, tomó la pistola de la mesilla y disparó dos veces: la luna se hizo añicos y con ella la imagen del espejo. Marcelino se levantó de la butaca:

—Menos mal que sólo te has cargado mi reflejo. Me refugié aquí, acosado por los civiles. Pero ahora debo seguir huyendo. No me dejas otra salida —José estaba paralizado por la sorpresa todavía. El *Muñón* añadió:

—Disparas bien, compadre, casi tanto como yo. Pero tú tienes tu sitio y yo el mío: el monte.

Salió por la ventana con una sonrisa. No lo volvió a ver hasta su caída en el 52 cuando, poco antes del fusilamiento, lo había visitado en el penal militar.

Marce aguardaba un indulto imposible a través de un incierto general. Le pasó un poema, emotivo y simple, en que hablaba de libertad y ruiseñores. José había perdido esa cuartilla con todo el mundo anegado que yacía bajo las inexorables aguas allá abajo, en lo hondo de ese pantano que ahora contemplaba desde la baranda de la presa...

(Marcelino se paró en lo alto de la loma. Tras comprobar la firmeza del vendaje, se pasó el muñón por la frente y apoyó con fuerza la mano derecha en el alto palo que le daba aires de peregrino. Sus ojos se iluminaron al sentir la proximidad del valle.

El sol de mediodía arrancaba plateados tornasoles de la masa de pinos que tapizaba el horizonte hasta azules y quebradas lejanías. Abajo, refulgía profunda y verde la culebra amada del Cabriel. Marce reanudó la marcha, emprendiendo la bajada hacia la cueva que, una vez más, iba a servirle de refugio. Al pasar ante la caseta abandonada, en la que los matojos anunciaban el minucioso despliegue de la ruina, recordó la estrambótica imagen de Fermín el Santero, quien años atrás cuidara los accesos a la cueva y la seguridad de la Purísima, bajo cuya advocación había sido puesta la fuerza que habitaba aquel antro sagrado. Solía aquel hombre menudo y desastrado bajar a los pueblos con una pequeña imagen de la Virgen, a pedir de puerta en puerta para el sostenimiento del remoto culto. Sobre la casa, en el tajo de la loma, Marcelino adivinó la pequeña boca que daba acceso a la Cueva Santa. “No tiene pierde”, se dijo, “aun ciego

## EL MAQUI EN LA PROVINCIA DE CUENCA

Desde la liberación de Francia (año 1944) hasta entrada la década de los cincuenta, la provincia de Cuenca fue escenario de una destacada actividad de las guerrillas antifranquistas. La proliferación de "hombres ocultos", al haber sido zona republicana casi hasta el final de la contienda, y la naturaleza abrupta y montañosa del terreno propiciaron estas acciones.

Las fuerzas del orden establecieron una contundente estructura represiva con dos o tres destacamentos y hasta cuarenta puestos de la Guardia Civil, así como sistemáticos controles en las carreteras de Cuenca a Valencia y a Teruel, con todas sus secundarias. No fue desdeñable tampoco la presencia de somatenes armados ni la intervención de contrapartidas, muy temidas por la población civil (tan arriesgado era brindar como negar ayuda).

En 1946 se crea la Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón (AGLA), propiciada por el PC, cuya demarcación quinta correspondería con la provincia de Cuenca. Nominalmente, esta superestructura englobó también a guerrilleros autóctonos como *Basiliso Serrano "El Manco de la Pesquera"*, de orientación libertaria, que a la hora de los hechos actuaban más bien por libre. La partida del Manco operó en un amplio radio en torno al río Cabriel que afectaba a las provincias de Cuenca, Valencia y Teruel. El 7 de noviembre de 1949 escapó casi milagrosamente de un durísimo enfrentamiento en Cerro Moreno con 500 civiles y 100 somatenes. Este combate costó la vida a trece guerrilleros.

Otras partidas importantes en Cuenca fueron: la de *Paisano* (Pedro Merchán, "el Bolchevique"), que protagonizó un verano espectacular en el 48 con acciones por toda la Serranía y la Guardia Civil pisándole los talones; la de *El Capitán*, más al Norte, en los Montes Universales; las de *Tarzán* y *El Magro*, en la parte del Sur, en las serrezuelas manchegas; la de *Segundo*, operativa en las cercanías de la capital; la de *Roberto*, por el Campichuelo y la Sierra Bascañana.

Diecinueve secuestros, 8 sabotajes, 57 enfrentamientos armados, nueve guardias abatidos y casi mil enlaces detenidos son los datos que dan idea de la importancia de la luchaguerrillera en la provincia de Cuenca. (A.L.)

la encontraría". Él creía que había dejado de creer. Él no se consideraba hombre religioso pero, ante la inminencia del rupestre santuario, sintió un sobresalto que lo empujó a lejanías de la infancia, casi hasta el vientre plácido de la madre, esa primera gruta tan tibia que toda persona habita antes de nacer.

Irreflexiva, atávicamente, Marcelino exclamó en voz alta:

—Dame fuerzas, Virgencita, dámelas para seguir la lucha.

Con la boina apretada en un puño, el guerrillero ingresó en el antro. Los ojos de su alma registraron enseguida lo que los de su cara sólo pudieron ver tras prender fuego a una tea. Las llamas coloreaban fantásticamente las paredes renegridas y cerúleas de la inmensa cámara y proyectaban amenazadoramente su propia sombra hasta el techo abovedado del que pendían gigantes y complicadas estalactitas. Marcelino se sintió repentinamente a salvo, envuelto en el tibio manto protector de las entrañas de la tierra. Casi gateando, se deslizó hasta el pequeño remanso que se escondía detrás del altar. Primero, bebió copiosamente de aquellas aguas. Luego, tras retirar el vendaje, limpió la fea herida de la pierna.

Recostado junto al manantial, el *Muñón* dejó de sentirse una especie de fiera perseguida y acorralada. Era un hombre. Los guardias eran hombres también. A él lo movía un ideal y un instinto de supervivencia. A ellos, las mil pesetas por guerrillero muerto, el permiso consiguiente, tal vez un ideal opuesto al suyo. Los guerrilleros de su partida eran hombres, con toda la grandeza y todas las miserias de los hombres. Y todo hombre, pensó, por fuerza se descubriría ante el misterio del mundo que se manifestaba en la Cueva Santa.

No tardarían en llegar los guardias: les bastaba con seguir las gotas de sangre que había ido dejando por las rocas y los lentiscos. A él le quedaba todavía una bomba pero sabía que no iba a activarla, y menos en aquel lugar. Estaba cansado de luchar y no deseaba morir. Marcelino recordó sus tiempos de hombre oculto, cuando se pasaba el día escondido en el cementerio y las noches al calor de su dormitorio conyugal. Luego, había llegado la guerrilla y sólo aquella cueva le dio tregua de cobijo en el trajinar incesante del monte. Se acordó de José, con quien se había aventurado por primera vez en ella. Absurdamente, pensó que le hubiera gustado compartir su derrota con él.

Saciado, protegido, confortado, el guerrillero se quedó dormido mientras las minuciosas gotas calcáreas contrapunteaban un lento silencio de piedra...

Muy a lo lejos, don José distinguió la boca de la Cueva Santa. Su isla dorada volvía a hundirse en el fango insondable del pantano. Por un instante, la visión del cuerpo yacente del Marce, como un cósmico cristo, emergió gigantesca de las opacas aguas con un rostro igual al suyo. Luego volvió a sentir que era verdad: el monte tenía ojos y esos ojos eran también, extrañamente, los suyos. ■